

MEMORIA Y COMUNIDADES DE FE EN COLOMBIA

Crónicas

NO ACEPTE SU VENTA
Distribución
gratuita
NO ACEPTE SU VENTA



Centro Nacional
de Memoria Histórica

MEMORIA Y COMUNIDADES DE FE EN COLOMBIA

CRÓNICAS



Centro Nacional
de Memoria Histórica

MEMORIA Y COMUNIDADES DE FE EN COLOMBIA. CRÓNICAS

Santiago Espitia Fajardo
Coordinador de la investigación

Roberto Caicedo Narváez
Coordinación académica

Mercedes Salas
Acompañamiento psicosocial

Diego Loaiza
Documentación audiovisual

Verónica Montaña
Gestor de Memoria caso Macayepo

Verónico López Arrieta
Gestor de Memoria caso Tierralta

Alejandro Gómez Dugand
Cronista

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

MEMORIA Y COMUNIDADES DE FE EN COLOMBIA. CRÓNICAS

ISBN: 978-958-5500-35-8

Primera edición: noviembre de 2018

Número de páginas: 68

Formato: 15 x 23 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones

Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial

Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo

Jineth Ardila

Diseño y diagramación

Leidy Sánchez Jiménez

Fotografías

Portada: ©María Paula Durán para el CNMH

Internas: ©Santiago Espitia Fajardo, Roberto Caicedo Narváez y Diego Loaiza para el CNMH

Impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Calle 35 N.º 5-81

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. - Colombia

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia*

Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar

Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Memoria y comunidades de fe en Colombia. Crónicas*, Bogotá, CNMH.

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Memoria y comunidades de fe en Colombia. crónicas / Centro Nacional de Memoria Histórica [y otros]. -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018.

68 páginas : fotografías ; 23 cm.

ISBN: 978-958-5500-35-8

1. Conflicto armado 2. Memoria histórica 3. Memoria colectiva 4. Fe (Religión) I. Centro Nacional de Memoria Histórica, autor.

303.60986 cd 22 ed.

A1619794

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ÍNDICE

Prólogo.....	6
Introducción.....	10
Crónica Macayepo (Bolívar).....	20
Crónica Tierralta (Córdoba).....	42
Referencias.....	64

PRÓLOGO

COMUNIDADES DE FE, HERMANDADES DE ESPERANZA

Estas crónicas sobre “Fe y No-violencia” ilustran los retos de diversos credos religiosos, arraigados en las comunidades rurales, que en el contexto de nuestro prolongado conflicto armado han sufrido la arremetida homogeneizante de los actores armados. Estos últimos solo podían implantar sus designios estratégicos de control territorial si previamente eran exitosos en los planes de fragmentación o liquidación de los cimientos de los diversos órdenes comunitarios, afianzados, entre muchos otros factores, en los lazos de fe. En ese sentido, y como punto de partida, las comunidades de fe, o tradiciones espirituales, como también se llaman, eran un estorbo a la implantación o expansión de los proyectos guerreros.

Desde luego la de Colombia no es una sangrienta guerra étnica, como la que se vivió en Ruanda; ni religiosa, como la que durante décadas se vivió en Irlanda; pero sí es un hecho que numerosas etnias y comunidades religiosas han sufrido el impacto de la guerra, y esto desde muy atrás. Las persecuciones

se remontan a los años cincuenta, años aciagos de intolerancia que se tradujeron en asesinatos, vejámenes públicos, lapidaciones de viviendas, incineración de biblias, iglesias y escuelas, y destierro de miembros de emergentes comunidades de fe, que empezaban a romper el monopolio de la Iglesia católica. Se trata de hechos largamente silenciados, pese a haber sido documentados y denunciados a nivel nacional y en instancias internacionales y por gobiernos o pueblos de países de importante población protestante, como Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá.

Adicionalmente, en la reciente Colombia, y en lo que respecta a los nuevos credos religiosos estudiados aquí, no se trata de agentes externos a los territorios o poblaciones, sino de actores profundamente ligados, durante décadas, a sus entornos agrarios. Se trata, de hecho, de líderes espirituales o comunitarios que a menudo han tejido lazos estructurantes, sociales y culturales con las comunidades campesinas. Estos relatos recogen el testimonio de esos líderes, pero también de víctimas y campesinos de las regiones de la costa Caribe estudiadas, a saber, Macayepo en Bolívar y Tierralta en Córdoba.

El relato recoge pinceladas sobre las gentes que habitan el territorio, sobre los espacios, los animales, los productos y cosechas, los caminos y los ríos que conforman la geografía regional y sus peculiares afectaciones por el contexto de violencia generalizado. Pero también adquieren otro sentido

en el relato elementos de la vida cotidiana, marcados por la guerra, como los templos destruidos, los árboles abaleados, las casas abandonadas o convertidas en trincheras, los caminos y carreteras de los forasteros que llegan, o los lugareños que huyen.

Desde luego, hay una ruptura de los límites culturales y morales de la violencia, y la irrupción de esta en lo sagrado, dejando como saldo el amedrentamiento colectivo. Lo que se observa allí es un torbellino de violencias transgresoras cuya función social apunta, más que a los sujetos victimizados, a la producción calculada del terror y a la imagen de destrucción total descrita por los autores semejante a “las ruinas de una civilización antigua”. Sobre esos escombros, las violencias cruzadas fueron un semillero de desconfianzas letales que favorecieron la reproducción de la cadena de violencias.

Con todo, estas comunidades y sus entornos no han sido solo víctimas. Ellas se han convertido, en el curso del conflicto, en instancias decisivas para la reconstrucción del tejido social y en las “comunidades de esperanza” que ayudan a procesar duelos y se se han transformado finalmente en pilares de un nuevo orden en vías de reconstrucción.

El secreto de su capacidad transformadora radica desde luego en el hecho de que la unidad de creencias y de prácticas mantuvo la cohesión de la población dispersa por el desplazamiento forzado.

Por último, y al mismo tiempo, las iglesias, que eran “refugio físico y emocional”, se tornaron en el soporte eficaz de una hermandad del dolor, la resistencia y la esperanza; valores que no solo han facilitado luego los retornos sino que han permitido mantener vivo el compromiso con la paz. Ese espíritu de futuro alienta estas páginas.

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General Centro Nacional
de Memoria Histórica

INTRODUCCIÓN

FE Y NO-VIOLENCIA: HERRAMIENTAS PARA RESISTIR EN MEDIO DEL CONFLICTO

Durante el conflicto armado en Colombia, que cubre ya varias décadas desde mediados del siglo pasado, algunos líderes y lideresas de iglesias de tradición católica o evangélica, así como sus comunidades, han sido violentados y violentadas de diferentes formas, como resultado de su compromiso con sus comunidades o como formas de represalia por su resistencia no-violenta ante el conflicto armado.

No se ha tratado de una persecución de tipo religioso, como la de mediados del siglo pasado, sino que ha formado parte del recrudecimiento del conflicto y del hostigamiento a diferentes sectores de la sociedad civil. Las comunidades de fe,¹ y los líderes y lideresas eclesiales y sociales que se han

1 Cuando hablamos de comunidades de fe nos referimos a un colectivo que comparte una serie de significaciones o creencias de fe fundamentales, y a las expresiones o ritos religiosos relacionados con dichas ellas; además, tienen y comparten principios éticos y, finalmente, mantienen algún tipo de organización, reconocida regularmente como “iglesia”, que incluye al colectivo. Estos son los elementos básicos que comparten los participantes de lo que llamamos una comunidad de fe. Estas características las tomamos de los elementos constitutivos de los “sistemas religiosos”, planteados por el sociólogo de la religión, François Houtart (2006, página 40).

comprometido con los derechos de las poblaciones más vulnerables del país, han opuesto resistencia, desde sus convicciones, a la acción violenta y al deseo de los diferentes actores armados en nuestro país de imponer su control territorial por las armas. Entonces, lo que caracterizó a los líderes y lideresas victimizados no fue solo su compromiso religioso, sino también su compromiso comunitario y social, conforme con la investigación cuyos hallazgos dieron lugar a las crónicas que aquí presentamos.

En zonas de gran conflictividad los líderes y lideresas religiosos y las comunidades de fe han sido señalados por el grupo contrario como colaboradores de algún grupo armado. Justamente esto fue lo que ocurrió con Manuel, líder de la Iglesia evangélica, asesinado en su iglesia en Tierralta (Córdoba) en pleno culto, por presuntos integrantes de grupos paramilitares, quienes lo acusaron de pertenecer a las FARC.² Algo similar ocurrió en el caso del Padre Tiberio Fernández, líder de campesinos, en Trujillo (Valle del Cauca).³ Al Padre Tiberio Fernández,

2 Ver ampliación de este hecho en el Caso de Tierralta (Córdoba).

3 El Padre Tiberio es asesinado en abril de 1990, junto con su sobrina y dos acompañantes más, víctimas de la complicidad entre paramilitares, narcotraficantes y agentes de la fuerza pública que habían tomado el control de la región. Al respecto dice el informe del Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación-Grupo de Memoria Histórica: “Los hechos de violencia, ocurridos entre marzo y abril de 1990, tienen en esta interpretación como causa original la acción delictiva de la guerrilla, ante lo cual se estima que los presuntos autores de los crímenes pudieron ser ‘personas contratadas por individuos que sufrieron extorsiones y boleteos en la región de Trujillo y sus alrededores’. En esta dirección incluso se señala como posibilidad la ‘intervención de algunos miembros de la fuerza pública’ en los hechos como ‘reacción ante el alevé acto (emboscada de la que fue objeto el Ejército nacional el día 29-03-90)’. En suma, en esta lectura la acción de los agentes del Estado, en dado caso, no habría sido más que la respuesta a una agresión previa” (CNRR-GMH, 2008, página 46).

una alianza criminal compuesta por paramilitares, mafiosos y algunos agentes de la fuerza pública lo acusó de ser guerrillero, “porque era un hombre de buena visión ideológica, no digamos de izquierda sino del pensamiento social de la Iglesia, que lo pone al servicio del pueblo de Dios” (CNRR-GMH, 2008, página 137).

Con esta investigación, respaldada por el CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica), se propuso fundamentalmente recuperar las memorias e historias de vida de resistencias no-violentas de comunidades de fe y líderes y lideresas eclesiales, y reflexionar sobre la importancia de la fe y la espiritualidad en contextos marcados por la violencia armada y la presencia de grupos armados. Este es un aporte a la pluralidad de las voces en la construcción de la memoria histórica de nuestro país, que evita una mirada hegemónica. Con esta labor se procura que la construcción de memorias contribuya al proceso de duelo y sanación de las víctimas, familiares y comunidades de fe.

En la base de datos que se construyó con esta investigación, y que quedó a disposición del CNMH, se contabilizaron 589 casos de diferentes formas de victimización de líderes, lideresas y comunidades de fe, ocurridos entre 1982 y 2012. Entre estos casos, 29 fueron asesinatos, de acuerdo con los registros recogidos en los talleres de memoria, y algunos corroborados con otras fuentes. Se puede observar, al realizar los

talleres de memoria con las comunidades de fe, que los grupos armados, al eliminar o perseguir a los líderes y lideresas religiosas, asestaron un golpe profundo contra esta comunidad y contra la población en general. El temor infundado en la población minó la vida comunitaria; y los proyectos sociales e iniciativas de progreso que se estaban gestando en la comunidad se vieron truncados. Pero las comunidades de fe y su liderazgo no fueron solo víctimas del conflicto armado, sino que aprendieron a resistir y, en buena medida, a reconstruir sentidos de vida para superar los impactos generados por la violencia.

Según las palabras de los participantes de esta investigación, la resistencia no-violenta se entiende como la capacidad de confrontar los embates derivados del conflicto armado sin recurrir a la violencia sino a partir de acciones colectivas de paz con justicia social; de la organización y el acompañamiento a las víctimas en busca del reconocimiento de sus derechos y de la defensa de los derechos humanos. Todo esto para generar la esperanza de alcanzar una mejor forma de vida en medio de la incertidumbre que deja la violencia. Al respecto, dice un investigador del tema:

La noviolencia se expresa: en primer lugar y en un sentido más restrictivo, como no matar, no causar daño, ni causar sufrimiento; y, en segundo lugar, en un sentido más amplio, ofreciendo ideas, acción y alternativas a las causas y a las consecuencias de

las formas más crueles de violencia directas. Frente a todo ello, la no violencia aporta al pacifismo del no a las guerras, la objeción de conciencia, como despliegue de métodos (y acciones) de lucha político-social no armados (López, 2006, página 35).

Esta es una de las principales características de las comunidades de fe: las acciones de resistencia se asumen desde la no-violencia y la no participación en el conflicto armado, y se rechazan los atropellos contra la población civil, tanto los provenientes de los que están al margen de la ley como de los causados por agentes de la fuerza pública.

La metodología que asumimos para la investigación parte de estimar las narrativas y el testimonio, oral o escrito, de las comunidades de fe; la forma a la que más apelamos es el relato, pero también tuvimos en cuenta sus aportes desde otras expresiones de la memoria, como la música y el dibujo. Creemos que la memoria se comunica a través de diferentes medios, que a su vez se identifican con diferentes sujetos sociales y se complementan con su construcción colectiva de la memoria. Las comunidades de fe priorizan como vehículos de memoria el testimonio y lo litúrgico. Uno de los medios que usamos fue la composición de salmos y cantos que forman parte del relato. Esto ayudó a resaltar acciones de resistencia que, en el ámbito personal o colectivo, buscaron mitigar, superar, confrontar o transformar la victimización y los daños causados por la violencia por medio de acciones que

rechazan cualquiera de sus expresiones y apuntan a resaltar el aporte de las comunidades y de sus líderes y lideresas en la transformación no-violenta del conflicto armado, y buscar reconciliación y construcción de paz.

Se desarrollaron tres encuentros en cada una de las regiones escogidas para realizar la investigación. En el primero de ellos se convocaron varias comunidades de fe y liderazgo eclesial, y se trataron los impactos del conflicto para ellas y para la región; a partir de allí se continuó el proceso con una comunidad o localidad específica para hacer un trabajo de construcción de memoria. En el segundo taller se trabajó con base en dos líneas de tiempo: la de la victimización y la de las acciones de resistencia de estas comunidades; se respondió en qué forma, a quiénes, cuándo ocurrieron las victimizaciones, y se analizaron las implicaciones individuales y colectivas que tuvo y las formas de responder a las acciones de victimización. En el tercer taller se profundizó en las formas de resistencia no-violentas de las comunidades, por medio de diversas expresiones; participantes de las comunidades compartieron la forma como han podido resistir y buscar superar las implicaciones de la victimización; se analizó lo que han hecho y se debatió lo que falta por hacer.

En concreto, trabajamos con cuatro comunidades de fe en las siguientes poblaciones: Tierralta (Córdoba),⁴

⁴ En los talleres de memoria histórica en esta región participaron 27 personas pertenecientes a la AIEC (Asociación de Iglesias Evangélicas del Caribe).

Macayepo (Bolívar),⁵ Toribío y Corinto (Cauca). Estos casos reflejan la diversidad de la problemática de las comunidades de fe victimizadas en medio del conflicto y las diferentes acciones de resistencia no-violenta realizadas en los últimos 25 años en las regiones y en el país. La selección buscó un balance entre las diferentes tradiciones de fe; es decir, se documentaron comunidades de origen católico, protestante tradicional, evangélico pentecostal y una comunidad adventista.

En los talleres se convocó a los líderes y lideresas eclesiales y a participantes activos de las comunidades de fe; algunos han sufrido en forma directa cierto tipo de victimización, pero han sobrevivido a las consecuencias del conflicto en su región. Además de los talleres colectivos, se realizaron en promedio cinco entrevistas, en cada lugar, a líderes y lideresas eclesiales, pastores, pastoras y sacerdotes, y a algunos otros miembros de las comunidades de fe que hubiesen sufrido directamente cualquier forma de victimización, para complementar el trabajo colectivo. Consideramos, de esta forma, tanto el testimonio personal como el testimonio colectivo de las comunidades.⁶

En el presente documento se presentan solo dos de las crónicas que resultaron del trabajo de investigación,

5 En los talleres de memoria histórica en esta región participaron 28 personas, que en su mayoría (20) pertenecen a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Las demás personas pertenecen a tradiciones evangélicas (2) y católicas (6).

6 Los audios y videos de los talleres y de las entrevistas hacen parte de los archivos entregados al CNMH como producto de la investigación, así como un documento escrito que da cuenta de sus resultados.

que no pueden ni pretenden cubrir toda la problemática de victimización, y menos ser voceros de la amplia gama de expresiones de fe hoy presentes en Colombia. En las dos crónicas se recogen algunas formas de violencia del conflicto armado ejercida contra las comunidades y sus líderes y lideresas. En este sentido, se buscó documentar y entender el impacto de hechos que han vulnerado en forma particular los derechos fundamentales de estos sectores y las graves violaciones al DIH que han sufrido, así como su posibilidad real de acceso a la justicia y la reparación. Además, se reconstruyen acciones de resistencia emprendidas por agentes y sectores eclesiales encaminados a la construcción de paz y reconciliación, para dar una respuesta constructiva del ejercicio de la no-violencia, propia de estas comunidades.

Los criterios que se tuvieron en cuenta para seleccionar los casos registrados fueron los siguientes: en primer lugar, el caso debería ilustrar la manera como líderes y lideresas de estas comunidades se convertían en objeto de persecución, amenaza y victimización de alguno de los actores del conflicto. En segundo lugar, el caso debería reflejar alguna forma de resistencia desarrollada por ellas. Finalmente, se debería contar con su disponibilidad para participar en los encuentros, por lo menos en forma representativa. Los casos finalmente documentados, después de un primer acercamiento a varias comunidades, fueron los siguientes: Tierralta (Córdoba) y Macayepo (Bolívar), que estos casos reflejan, en buena medida,

la problemática de estas comunidades de fe y sus acciones de resistencia en medio del conflicto colombiano durante los últimos 25 años.

En Tierralta, la comunidad que participó hace parte de una población campesina desplazada de la zona del alto Sinú, de tradición evangélica, perteneciente a la AIEC (Asociación de Iglesias Evangélicas del Caribe). La comunidad de Macayepo es principalmente de tradición adventista y de origen campesino.⁷ Esperamos que los casos abordados a continuación contribuyan, por un lado, a la visibilización de una población que fácilmente se confunde y hasta se pierde entre tantas víctimas del conflicto en nuestro país; a quienes, infortunadamente, muchas veces no se les conoce su rostro ni su historia. Por otro lado, esperamos que las acciones de resistencia no-violenta emprendidas por estas mismas víctimas sirvan de modelo en procesos de reconciliación, superación del conflicto y construcción de una paz duradera.

No se pretende con estas crónicas representar todo el espectro de comunidades de fe católicas y evangélicas, presentes en el país, ni tomar su vocería,

7 Mientras que el catolicismo llegó a Colombia junto con la Conquista española, el cristianismo evangélico echó raíces desde el siglo XIX con la presencia de la Sociedad Bíblica en 1825 (Moreno, 2010, página 15). La AIEC tiene sus raíces en la obra evangelística de la Misión Latinoamericana, que formalizó sus labores entre 1936 y 1937 en Colombia. En 1944, a medida que los nuevos grupos iban desarrollándose, se procedió a formar la Asociación de Iglesias Evangélicas de Bolívar, que más tarde cambió el nombre por Asociación de Iglesias Evangélicas del Caribe (Ordóñez, 2011, páginas 371-375). El movimiento adventista también es un movimiento cristiano, tiene sus raíces en los Estados Unidos de América y su llegada a Colombia puede ubicarse en la década de 1920 (Mora, 2005, página 126).

sino, a partir de los casos seleccionados, mostrar un ejemplo de cómo las comunidades de fe han sufrido en medio del conflicto y cómo han resistido desde su fe y la no-violencia, junto con otras comunidades y la población civil que en nuestro país ha sufrido el dolor producido por tantos años de guerra.

CRÓNICA DE MACAYEPO (BOLÍVAR)

FE Y ESPIRITUALIDAD: ENTRE EL DESTIERRO
Y EL RETORNO

Volvieron al silencio. Volvieron a las calles que alguna vez alojaron los estruendos de las balas y los gritos de inocentes. Volvieron a la Iglesia católica destruida, donde una Virgen del Carmen mutilada seguía vigilando la entrada. Volvieron a las ruinas de sus casas y de los templos adventistas. Volvieron. Volvieron al pueblo que había sido suyo. Después de cuatro años habían vuelto a Macayepo. A sus siembras muertas y a los rincones que gritaban el horror que habían vivido.

Volvieron a un pueblo fantasma, ocupado apenas por los recuerdos de días mejores. Volvieron a los árboles que alguna vez les dieron sombra y frutos. Al árbol de aguacate que hoy es insignia de este corregimiento.

“Acá se concentra el comercio de Macayepo”, dice Aroldo Canoles⁸, al pie del árbol, “acá bajan de la

8 Participante de los talleres de memoria, miembro de la comunidad adventista. Aroldo es un líder adventista reconocido en Macayepo. Fue una de las personas que lideró el proceso de retorno a esa población; proceso narrado en la presente crónica. Entrevistas realizadas entre junio de 2013 y febrero de 2014.

montaña burros, mulas y mulos cargados de yuca y ñame. Aguacate ya no tanto". El fruto principal de estas tierras quedó moribundo, luego de que los habitantes de Macayepo tuvieron que dejar sus tierras, sus vidas, a causa de los hostigamientos de la violencia.



Calle del municipio de Macayepo. Fotografía: Santiago Espitia Fajardo para el CNMH.

Aroldo Canoles recorre con su mano la corteza del árbol:

En este lugar asesinaron a un señor llamado Hugo Méndez. Aquí podemos ver las señales de las balas. El palo muestra las cicatrices donde se clavaron las ráfagas con las que le desbarataron la cabeza. Es triste. Este palo ha sido testigo de muchos asesinatos.

Agujeros que no son de plagas. Machetazos que no son producto del trabajo descuidado de un campesino. El árbol insignia de Macayepo se convirtió hace diez años en el matadero de los hombres y mujeres que lo cultivaban. “Y así como muchos se murieron debido a la violencia”, continúa Canoles, “también la mano cruel de los enemigos quiso tumbar este árbol con candela. Quisieron acabar con el testigo mudo de la crueldad que hubo en esta región”.

Pero el fuego, las balas y los machetes no fueron suficientes para callar lo que nadie en Macayepo olvida. El árbol, aunque mudo como bien lo dice Aroldo, es un relator estridente de la violencia a la que fue sometido este corregimiento de Bolívar.

“Si pudiera hablar”, dice Canoles, “este árbol tendría muchas cosas para contar”. Hablaría del 16 de octubre de 2000. Del día en que el grupo paramilitar Bloque Héroes de los Montes de María, comandado por Rodrigo Mercado Pelufo, alias *Cadena*, entró con piedras, palos y machetes a acabar con el corregimiento.

Doce personas fueron asesinadas. Doce campesinos a quienes los violentos habían señalado de guerrilleros. Luego de esta masacre, doscientas familias tuvieron que dejar atrás sus tierras, sus templos religiosos, sus hogares. La vida que la violencia les había quitado con fuerza bruta y que ellos mismos, cuatro años más tarde, decidieron recobrar con la ayuda y la guía de sus líderes religiosos.

Volvieron en jeeps. Volvieron por una geografía difícil sobre la que habían quedado escritos sus peores días: “Este es un lugar que trae recuerdos amargos para la gente de la región”, dice Canoles señalando una enramada al lado de la carretera:

Principalmente para la gente de la vereda Berruguita. Aquí fueron asesinadas dos personas por la guerrilla, personas muy conocidas por la región. Venían los carros que trasladaban a la gente de Macayepo a Sincelejo y viceversa y los bajaron de aquí del carro, y en la parte del otro ladito del arroyo los acribillaron con ráfagas de fusil. A quien mataron aquí se llamaba Néstor Méndez y a un amigo de él. En Macayepo sacaron de la casa a otro muchacho que era hermano de él y también lo mataron. Supuestamente acusados porque negociaban con plata de *Rodrigo Cadena*, quien era el que lideraba las autodefensas en esta región. Ese fue un día triste y de mucho impacto en todas las comunidades (CNMH, testimonio, Macayepo, Bolívar, 2014).

Estaban de vuelta a una población que parecía las ruinas de una civilización antigua. Apenas un vacío de sus vidas. Esto era ahora Macayepo. Este era el pueblo que la violencia les había dejado. Este desastre de piedras sobre el suelo era su lugar; y ellos habían vuelto, por fin, para devolverle la vida y los colores que los violentos les habían arrebatado. Habían vuelto para nacer de nuevo. Para rehacer sus raíces y las de sus siembras. Habían vuelto. Los habitantes de Macayepo habían vuelto.

Las tierras de los Montes de María han sido el sustento de comunidades campesinas como la de Macayepo: "Esta tierra produce muchos productos agrícolas", asegura un participante de los talleres de memoria realizados en el corregimiento.

Pero ninguno era tan productivo como el aguacate. Mire usted, en temporada de cosecha, el aguacate hasta se desperdiciaba. Los recolectores no daban abasto para recoger todo lo que estos árboles producían. Hasta los cerdos venían y se hastiaban de tanto aguacate que caía al suelo porque no había quién lo recolectara.

La comunidad de Macayepo gozó durante muchos años de una economía agrícola estable y autosuficiente. Esta bonanza se explica y justifica, en virtud de las condiciones de fertilidad de la tierra de esta región esta región de los Montes de María.



Cocina de una de las participantes de los talleres de memoria en Macayepo (Bolívar). Fotografía: Santiago Espitia Fajardo para el CNMH.

Una gran cantidad de los pobladores de este corregimiento es miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Esta iglesia fue fundada a finales del siglo XIX en Estados Unidos y con el tiempo llegó a tierras latinoamericanas. Los feligreses de esta religión tienen creencias específicas, que las diferencian de otras iglesias cristianas. Son vegetarianos, una práctica que predicán desde sus iglesias, y que es producto de una interpretación que

sus pastores han hecho del Génesis. El cuidado de la naturaleza y la prohibición del tabaco y el alcohol son algunos de sus preceptos. Creen en una segunda venida de Jesús. El bautismo es también importante para los adventistas, y solo se practica cuando las personas tienen capacidad de consentimiento. Además, cumplen sin falta la “observancia” del sábado, para ellos el séptimo día de la semana, según el calendario hebreo. La “observancia” significa un día de reposo y oración, que en general empieza los viernes en la tarde cuando los feligreses se reúnen en sus templos o en sus casas a discutir las escrituras bíblicas (Adventistas, 2018). Ahora bien, en Macayepo también hay personas practicantes de otras expresiones cristianas.

Los Montes de María, repletos de refugios y escondites naturales, provistos de carreteras y con dos ríos para movilizarse con facilidad, fueron vistos como un territorio estratégico por todos los grupos armados ilegales. En los años ochenta, el EPL y el ELN llegaron a estas tierras. Cuando los líderes de las comunidades y de la iglesia predicaron la paz desde sus púlpitos y se opusieron al reclutamiento de los armados, se convirtieron en objetivos militares. Ante sus opositores, estas guerrillas recurrieron a la persecución y a los asesinatos selectivos, aterrorizaron y obligaron al silencio o al desplazamiento a muchas familias. En los años noventa, las FARC se asentaron

en los territorios y los grupos paramilitares llegaron al poco tiempo, a disputarle a esta guerrilla el dominio del territorio (Misión de Observación Electoral, MOE, 2007, página 2). Los muertos empezaron a llenar la cotidianidad de Macayepo.

Como ocurrió en otras regiones del país, en los Montes de María la guerrilla fue desplazada por los grupos paramilitares. A comienzos de 2000 los habitantes de los Montes de María sufrieron los peores años de hostigamiento a manos de varios bloques de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia). Entre el 16 y el 21 de febrero de 2000 la población de El Salado vivió unos de los días más oscuros de la historia colombiana. El Bloque Centro de las AUC, comandado por Rodrigo Tovar Pupo, alias *Jorge 40*, con complicidad del Batallón de Infantería N.º 5 del Ejército nacional, asesinó a más de 60 personas mientras bebían el alcohol que habían saqueado de las tiendas del pueblo (CNMH, 2009, páginas 10, 31). Pero 'asesinato', una palabra que de por sí define un acto vil, no es una descripción justa de lo que sucedió en El Salado. Lo que allí ocurrió fue una tortura: cuerpos de hombres, mujeres y niños desmembrados enfrente de sus familiares. Violaciones sistemáticas, y en masa, a las mujeres. En la cancha de fútbol, uno de los escenarios de los asesinatos, los paramilitares jugaron partidos con las cabezas de sus víctimas. No hubo fusilamientos: a las personas las degollaron con motosierras y destornilladores. No hubo una toma militar: hubo una muestra de

violencia sin precedentes en un país cuya guerra ha sido el retrato de las pulsiones más bajas que pueden mover al ser humano (CNRR-GMH, 2009).

“Masacre” es la palabra que se usa para describir lo que aconteció en estos pueblos. Pero el español no tiene palabras suficientes para narrar el horror que vivieron en menos de un año las comunidades campesinas de los Montes de María.

Y entonces llegó el 16 de octubre de 2000, cuando la población de Macayepo corrió con la terrible suerte de entregarle sus muertos a la guerra en Colombia.

Nelys María Berrío Pelufo fue asesinada por el EPL en 1989 en Macayepo. Era una niña muy bonita y muy juiciosa que apenas cumplía 18 años, recuerda su padre:

A ella le coqueteaban bastante por el mismo hecho de ser bonita. Ella, creo yo, terminó saliendo con un soldado del Ejército. Esa acción no le gustó a la guerrilla y entonces fue cuando decidieron matar a mi niña. Lo peor de lo acontecido es que antes de que le dispararan, la humillaron de una manera muy cruel. La golpearon brutalmente y la arrastraron jalándola del cabello por varias calles del pueblo. Eso lo hacían con el propósito de intimidar a la población y de advertirles que eso le pasaría a

quien hiciera algo parecido. Le querían comunicar a las otras jovencitas del pueblo que quien se metiera con un soldado, así iba a terminar.

El cuerpo que alguna vez le perteneció a Nelys María Berrío quedó convertido en un inventario del horror. Doce balas acabaron con su vida. Dos de ellas fueron disparadas directamente sobre sus senos para destruirlos. Todo esto se hizo en frente de sus vecinos y familiares.

Uno de los testigos fue su primo Rodrigo Mercado Pelufo, un joven que entonces prometió vengar esa muerte, y que muchos años después vendría a conocerse en la región con el alias de Cadena, convertido en uno de los líderes paramilitares más temidos en la historia de las AUC. “De allí se echó a perder ese hombre”, aseguró una mujer que prefirió identificarse como Mariana Gómez, en una entrevista con el diario *El Herald* de Barranquilla publicada el 9 de enero de 2011: “Rodrigo salió de Macayepo con la mentalidad de acabar con la guerrilla”. Pero en su obsesión de venganza, Rodrigo Mercado Pelufo hizo más de lo que había prometido. El hijo más famoso de Macayepo fue también el responsable de su destrucción.

Las dos décadas pasadas fueron bastante difíciles para esta comunidad. El miedo y la desconfianza colmaron a sus habitantes: “A mí me tocó irme de la región porque unos vecinos me acusaban de haberme

aliado con los paramilitares y de mandar a matar a su hijo”, asegura un participante de los talleres de memoria que prefiere guardar su identidad: “Eso sencillamente no es verdad. Pero lastimosamente, hasta el día de hoy, todavía hay personas que creen que yo estuve involucrado con la muerte de ese pelado. Y yo no tuve nada que ver con eso”.



Taller participativo de memoria histórica realizado en Macayepo, mostrando el antes, durante y después del conflicto armado. Fotografía: Roberto Caicedo Narváez para el CNMH.

Las acusaciones se hicieron comunes. Entre vecinos cundió la sospecha. Y cómo no. Cadena, el líder del bloque paramilitar que los hostigaba, había sido su hermano, su compañero en partidos de fútbol, su vecino de pupitre en el colegio. Las comunidades de la Alta Montaña, aledañas a Macayepo, los acusaban de paramilitares, y a su vez, los de esas comunidades eran señalados como guerrilleros. El tejido social empezó a hacerse jirones y pronto la gente empezó a desplazarse.

Mientras las comunidades campesinas sufrían los embates de la disputa territorial, la espiritualidad cristiana servía como guía y fuerza de unión entre las familias. Sin embargo, esta tarea fue también entorpecida por la guerra. Algunos templos católicos y adventistas fueron destruidos. Además de los asesinatos selectivos y la persecución, los grupos armados atacaron sus lugares sagrados como estrategia para disolver la identidad colectiva de las comunidades de fe. Esto ocurrió con el templo católico y con varios templos adventistas del municipio. No contentos con la destrucción y profanación de estos templos, los grupos armados prohibieron las prácticas religiosas. Las familias adventistas tuvieron que transformar sus rituales: "A los adventistas (y otros cristianos) nos prohibieron hacer las vigiliias de oración", recuerda Canoles:

La razón que daban era que, según ellos, nosotros nos reuníamos era a planear alguna forma de

hacerles daño a nuestros perpetradores. Lo único que nosotros hacíamos era reunirnos a orar y estudiar la Palabra, que era muchas veces nuestro único consuelo. De igual manera, varios de nuestros templos, tanto del corregimiento como de la Alta Montaña fueron destruidos. Usted nomás puede mirar la Iglesia católica cómo está en Macayepo (...). Al no tener lugares para reunirnos, muchas veces nos tocó hacer como la iglesia primitiva, y encontrarnos en cualquier lugar (CNMH, testimonio, Macayepo, Bolívar, 2014).



Templo católico de Macayepo. Fotografía: Diego Loaiza para el CNMH.

Y entonces vino la masacre del 16 de octubre de 2000. Comandados por *Cadena*, unos ochenta paramilitares del Bloque Héroes de los Montes de María mataron de manera brutal a doce personas del pueblo. Las necropsias que se les hicieron a los cuerpos revelaron que las víctimas fueron asesinadas a golpes de garrote y cortes de machete. Las masacres

no tienen el propósito de acabar con la vida de los habitantes, sino de ser un escarmiento macabro. El mensaje de Cadena era definitivo: Macayepo debía ser abandonado. No más desplazamientos graneados. O se iban o los mataban a todos.

Según el Observatorio de Derechos Humanos y DIH de la Vicepresidencia de la República, la región de los Montes de María es uno de los principales focos de expulsión de población desplazada en Colombia y de generación de pueblos fantasma. Y justo en eso fue en lo que quedó convertido Macayepo.

Esta masacre no fue un error de cálculo. Tampoco lo fueron el resto de las masacres con las que las AUC aterrorizaron a la región. Todo fue parte de una clara estrategia de desalojo que terminó por beneficiar a los grandes ganaderos de la región. Diez días antes de la llegada de las AUC a Macayepo, el exsenador sucreño Álvaro García Romero, del Partido Colombia Democrática, sostuvo una conversación telefónica con el hacendado Joaquín García, revelada por la revista *Semana* en 2002 (6 de febrero), quien había tenido ya un proceso por paramilitarismo. En la conversación, García Romero y García hablaban de una incursión armada para recuperar un ganado que había robado la guerrilla. Hablaban de Macayepo, de un grupo que “entraría en 10 días”. Las coincidencias parecían hablar por sí solas. Esta

grabación fue una de las pruebas definitivas para condenar a García Romero a 40 años de cárcel por ser el autor intelectual de esa masacre.

En la Sentencia de la Corte Suprema de Justicia contra García Romero quedó registrado:

“En lo que concierne a este proceso, se destaca el crimen múltiple que tuvo lugar entre el 9 y el 16 de octubre de 2000 en diversos corregimientos de Carmen de Bolívar (Bolívar), entre ellos Macayepo, región de los Montes de María, a partir de una incursión paramilitar por parte de la agrupación conocida por entonces como Frente Montes de María, que además generó el desplazamiento masivo de los habitantes de ese lugar, luctuosos hechos cuya relación con el procesado derivan de la comunicación telefónica sostenida entre él (Álvaro García Romero) y Joaquín García Rodríguez el 6 de octubre de 2000, en la que este mencionó el desplazamiento de la tropa irregular hacia Macayepo, comunicación conocida por la sección de inteligencia de la Policía de Sucre, Sipol, por labores de rastreo accidental del espectro electromagnético (CS), Sentencia 32805, 23 de febrero de 2010).

Pero a pesar de la condena, habían logrado su cometido. Luego de la masacre doscientas familias, en su gran mayoría de la religión adventista, abandonaron Macayepo con rumbo a poblaciones cercanas.

Cuando una población abandona sus tierras no solo deja atrás un espacio físico. Para la gente de esa población el desplazamiento significó también la destrucción de sus tradiciones y costumbres. Ellos no eran ya campesinos, eran vendedores ambulantes en ciudades ajenas, personas que vivían con la poca plata que lograban recolectar día a día.

La comunidad de fe fue un factor clave para mantener a las familias unidas: “Colocamos nuestra confianza solamente en Dios”, aseguró un participante de los talleres de memoria: “Aprendimos a ser agradecidos con Dios y con los demás. Tuvimos mucho apoyo, mucha oración entre los unos y los otros. Bastante amistad, unidad familiar, servicio y asistencia a los cultos de oración”.

No se trató solo de un refugio físico: “En la vereda Jojancito hubo un tiempo como de unos tres meses en que dormimos en una misma casa todas las familias de la comunidad. Alrededor de unas 15 familias nos reuníamos todas las noches y dormíamos en una misma casa de una tía, ahí todos”. Estos procesos de resistencia no se hacen desde la individualidad, sino desde el entendimiento comunitario. El factor cohesionador es el vínculo de la fe, donde la persona que está sufriendo y siendo victimizada no solo es “otra persona”, sino que es vista como “mi hermano” o “mi hermana”.



Taller de memoria histórica participativo en Macayepo (Bolívar). Fotografía: Roberto Caicedo Narváez para el CNMH.

Las prácticas espirituales sirvieron para llenar de fortaleza a las personas en medio de los ataques violentos y aun en el destierro. La fe se convirtió para la población desplazada en un refugio ante la ausencia absoluta de ayuda gubernamental: “El día 31 de octubre de 1999, en medio del desplazamiento, decidí bautizarme y hacerme miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día”, aseguró un participante, “esto me sirvió para continuar con la vida en medio de circunstancias tan

difíciles". La fe fue clave para mantener la esperanza: "Dios sirvió como un refugio para nosotros. Aunque pasáramos por situaciones difíciles, nuestra primera y última esperanza era Dios. Aunque estuviéramos encañonados en algún momento, nosotros estábamos esperanzados a confiar en él".

Pero el desarraigo resquebrajó también su fe. En la huida muchos tuvieron que abandonar su dieta vegetariana para sobrevivir. La "observancia" de los sábados quedó desplazada por la urgencia de los días. Muchos incluso llegaron a cuestionar sus creencias y presos de la rabia se sintieron tentados a buscar venganza. Pero una vez más las enseñanzas de su iglesia fueron una guía: "La iglesia sirvió como consejera. Era también orientadora, porque las decisiones que tomara eran precisas y eran una advertencia para toda la región. Estábamos pendientes de los movimientos que hiciera la iglesia, porque hablaban y andaban con la verdad".

Finamente, luego de cuatro años de exilio, las personas desplazadas de manera forzada decidieron retornar a Macayepo. Así lo recuerda Canoles:

En el 2004 decidimos hacer una campaña para retornar y presionamos al Estado y a las fuerzas militares para que nos trajeran y empezar un trabajo de reconstrucción. Al llegar acá no encontramos nuestro producto insignia que era el que nos daba el sustento económico de la región; el

aguacate se murió y no encontramos un producto que pudiera reemplazarlo.

De los siete líderes que comandaron el retorno, cinco eran adventistas. El retorno no fue fácil. Una de las últimas estrategias de las AUC para asegurar el terreno a los usurpadores fue minar las cercanías de Macayepo. Muchos de los campesinos fueron víctimas de estos artefactos diseñados para mutilar a quien les ponga un pie encima: "En esa experiencia de retorno vale la pena reconocer el acompañamiento de las fuerzas militares. Ellos iban adelante, como abriendo trocha, para detectar la presencia de minas antipersonal, y nosotros íbamos detrás", afirma Aroldo.

Y cuando llegaron, la desolación, el pueblo fantasma, el Macayepo que ya no les pertenecía. Volver a la tierra fue tan complicado como dejarla. Sin aguacate, sin sus tierras, sus cultivos y sus animales, los habitantes tuvieron que empezar la reconstrucción de sus viviendas y de sus vidas: "Antes del retorno", asegura una de las mujeres que volvió al pueblo, "yo tenía mi tienda, mi negocito de panadería. Ahora no tengo mi tienda. Pero yo tengo mi panadería. Gracias al Señor, porque él ha estado conmigo y todo lo que hago es contando con la misericordia de él. Entonces pues me siento contenta".

Con la iglesia de su lado, hoy el corregimiento ha empezado a recobrar la vida que tenía antes. Sin embargo, sus pobladores se quejan de la desprotección

del Gobierno. La difícil tarea de reconstruir, no solo los espacios físicos sino además el tejido social, ha estado en sus propias manos. Han empezado, por ejemplo, un movimiento denominado La Alta Montaña, con el que han emprendido acciones de reconciliación entre las partes que antes se consideraban enemigas. Además, han realizado movilizaciones pacíficas con las que pretenden exigir al Gobierno que haga valer sus derechos.

Pero aún hoy los campesinos de Macayepo siguen siendo perseguidos y amenazados por medio de panfletos. Es el caso de los habitantes de la Alta Montaña, que todavía son acusados de ser colaboradores de la guerrilla; las entidades gubernamentales competentes han sido de muy poca ayuda en su proceso de reubicación, e incluso han instaurado formas de revictimización. Los procesos de denuncia son largos y engorrosos y pocas veces las víctimas reciben una orientación suficiente sobre la manera como deben denunciar las nuevas formas de violencia que los persiguen. Los trámites se dilatan, los papeles se acumulan en sus carpetas y los gastos necesarios para hacer estas denuncias son mayores que los pocos pesos que ellos logran acumular día a día en sus bolsillos. Todo esto viene acompañado del temor de que estas denuncias desencadenen nuevas retaliaciones.

Por eso han optado por no acudir a las autoridades, y las nuevas formas de violencia han vuelto al ciclo de la impunidad.

Otro reclamo que hacen las comunidades es que se está desconociendo su posesión de las tierras con la excusa de que no fueron diligenciadas en años anteriores. Esto les ha arrebatado la oportunidad de acceder a los beneficios otorgados por el Gobierno.

“Escucha Señor mi oración”, pide Aroldo Canoles, “considera mi pensamiento. Escucha la voz de mi clamor. Y está atento a mi oración cada mañana”. La fe, tanto adventista como católica y evangélica, ha sido el sustento del difícil proceso de retorno y reconstrucción de Macayepo, un pueblo víctima de todos los ejércitos, fracturado física y emocionalmente. “Ruego a ti”, continúa Canoles:

Oh, Padre celestial, en este lugar donde todo es silencio, que tú obres en el corazón de todas las personas que han retornado a esta región, y permite que este retorno de las comunidades y de las familias a la región de los Montes de María sea el comienzo de la paz tan anhelada y deseada.

Con sus manos, la población ha reconstruido sus templos y sus casas, y con su fe ha logrado sanar el tejido social que la mantuvo unida durante los ataques y el destierro.

Hoy ya no hay silencio en Macayepo. Sus calles están habitadas por personas que han decidido vivir en paz. Los templos de oración han vuelto a estar en pie y las casas que habían quedado sin tejados

hoy protegen a sus habitantes. Cada día que pasa el pueblo que tuvieron que abandonar a su propia suerte es cada vez más suyo. Hoy esperan que el Gobierno les dé la mano que les ha prometido. A pesar del miedo a nuevas retaliaciones, los lugareños se aferran a la fe y a la esperanza que sus iglesias les han enseñado. Poco a poco el sentido de comunidad ha vuelto a este pueblo. Seguro en algún momento hasta los aguacates volverán a dar sus frutos.

CRÓNICA DE TIERRALTA (CÓRDOBA)

COMUNIDADES DE FE QUE RESISTEN DESDE
LA NO-VIOLENCIA

La puerta no es suficiente para todos. Tantas personas no se pueden abrir camino. Uno a uno los fieles de la Iglesia Evangélica Peniel, en el municipio de Tierralta (Córdoba), se abalanzan sobre la pequeña puerta trasera al lado derecho del púlpito del templo de paredes azules. El miedo los obliga a huir, un miedo que, pensaron, ya había quedado atrás. Todos se encuentran en el pequeño marco de madera, hombros que se estrellan con manos, pies que no logran hacer avanzar a un cuerpo que tiembla, trescientas cincuenta almas tratando de escapar. Trescientos cincuenta cuerpos que el pavor ha convertido en uno solo.

“Todo el mundo quería correr de la iglesia”, asegura Marcos Rodríguez,⁹ “se repicaban unos con otros y caían. Unos se pasaban por encima. Hasta los niños ese día quedaban debajo de los adultos”.

9 Participante de los talleres de memoria, miembro de la iglesia cristiana AIEC. En torno a su caso gira el relato de esta comunidad. Entrevistas realizadas entre junio de 2013 y febrero de 2014.

Huir, por supuesto: escapar.

Hacer todo por colarse por el umbral de la pequeña puerta porque, instantes antes, nueve tiros habían retumbado en cada rincón de la iglesia. Obligarse a salir por la puerta trasera, porque en la principal está lo que nadie quiere ver. Atrás de las últimas filas de la Iglesia Evangélica Peniel, rendido en el piso luego de recibir nueve balazos, está el cuerpo del hermano de Marcos Rodríguez.

Correr. Huir. Fugarse. Entender, como personas y como comunidad, que el miedo está de vuelta en sus vidas.



Taller participativo de Memoria Histórica realizado en Tierralta. Fotografía: Santiago Espitia Fajardo para el CNMH.

Estamos en una vereda de Tierralta, un pueblo empotrado en las montañas del departamento de Córdoba, en el norte del país. Durante años los habitantes de estas tierras se dedicaban a cuidar sus siembras, a cuidar de sus animales: "Había tranquilidad", recuerda un joven participante de los talleres de memoria realizados por el grupo de investigadores, "había comodidad, había personas buenas y cultivos. De cierta manera se vivía agradablemente. Todas las personas estaban felices en ese lugar y con todas las cosas que les pertenecían. Todo era como lo más hermoso posible". No es que no existieran conflictos o problemas, los había, como ocurre en cualquier sociedad; lo que quiere resaltar este testimonio es que los impactos del conflicto armado aún no los habían afectado, como pasaría tiempo después.

Había sueños, sin duda: estudiar, comprar algún terreno, salir adelante. Sin embargo, hoy son todos desplazados por la violencia, prófugos del recuerdo de una vida mejor, habitantes de una tierra nueva a la que, sin mayores opciones, han tenido que llamar hogar.

Córdoba ha sido un campo de guerra desde décadas atrás. En los años setenta, el EPL (Ejército Popular de Liberación) se instaló en sus montañas y logró el dominio de amplias regiones del departamento gracias al conflicto social generado por el despojo de tierras que sufrieron los campesinos de la época. Esta

guerrilla hizo presencia en estos territorios hasta su desmovilización en 1990. Pero el EPL no fue el único grupo armado de la región: las FARC también llegaron a Córdoba y se ubicaron en territorios que ya habían sido ocupados por el EPL, como los municipios de Tierralta, Valencia, alto San Jorge y Montelíbano. En la guerra por el territorio las FARC lograron diezmar al EPL y, ya para principios de los años noventa, los frentes 18, 36 y 58 de las FARC se habían fortalecido en la zona (Misión de Observación Electoral, MOE, 2007, páginas 2 y 3).

La violencia empezó a plagar las vidas de las comunidades de Córdoba. En 1991, por dar solo un ejemplo, las FARC interrumpieron el culto de una de las veredas de esta región para llevarse al pastor evangélico de la iglesia Los Olivos:

Mi papá se le colgó del pantalón al pastor y le decía a los guerrilleros que no se lo llevaran, que lo que le tuvieran que decir se lo dijeran en la congregación, delante de todos. La presión de la iglesia fue tanta que los guerrilleros no le hicieron nada al pastor, pero sí lo amenazaron diciéndole que tuviera cuidado con lo que le estaba enseñando a la iglesia.

En los años ochenta y principios de los noventa el paramilitarismo se cristalizó en la región. Luego de la desmovilización del EPL, las FARC ocuparon los territorios que los primeros habían dejado atrás:

Esto llevó a la reactivación del aparato militar de la familia Castaño en 1993. Ahora, con el nombre de ACCU (Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá), el rearme y reorganización de este grupo incluyó un apoyo social y político más amplio y organizado, y una sofisticación del discurso, acorde con su intención de convertirse en un aparato político-militar similar al de las guerrillas (Romero, 2002, página 286).

Si bien a principios de los años noventa en Córdoba y Antioquia empezaron a aparecer frentes que en 1994 constituirían dichas autodefensas (ACCU), fue en 1997 cuando, de distintas regiones del país, esta organización y las Autodefensas de los Llanos Orientales, las Autodefensas de Ramón Isaza y las Autodefensas de Puerto Boyacá se aglutinarían en una sola estructura denominada AUC (Autodefensas Unidas de Colombia). El Departamento de Córdoba, en el que habían hecho presencia dos guerrillas, se volvió en ese momento el hogar de tres bloques paramilitares: Élmer Cárdenas, Héroes de Tolová y Córdoba. En su afán de expulsar a las guerrillas de estos territorios, los paramilitares utilizaron las masacres y el terror como estrategia de guerra (Misión de Observación Electoral, MOE, 2007, páginas 4-6).

La gran mayoría de las personas que estaba aquel día en la Iglesia Peniel, en Tierralta, nacieron en

la zona del alto Sinú. Todos habían llegado a esta vereda luego de haber sido forzados a dejar su tierra. Los grupos paramilitares (en especial el Bloque Héroes de Tolová) dieron rienda suelta a una estrategia militar de ataques sistemáticos para sacar a esta población de sus hogares. A veces eran robos o saqueos. Lo que no era nada nuevo para ellos. Ya en épocas de la guerrilla los habitantes del alto Sinú habían sido víctimas de los abusos de esos grupos armados al margen de la ley.



El río Sinú. Fotografía: Diego Loaiza para el CNMH.

Sin embargo, la forma de ejecución de los paramilitares era diferente, tal como lo asegura una mujer víctima de los saqueos:

Por lo menos la guerrilla era más cordial en cuanto a eso, cuando ellos llegaban a la casa de uno, le compraban las gallinas o la leche o le decían a uno que si les preparaba almuerzo y algo le pagaban. Pero los paramilitares iban era robando y si uno les reclamaba lo amenazaban o lo mataban.

Otra de las estrategias del paramilitarismo fue el asesinato selectivo de líderes de la comunidad, a quienes acusaban de tener nexos con la guerrilla, según lo narra Clara Montes:

Un día, cuando llegamos a 'pastorear' a otra vereda, llegó un grupo armado, a eso de las dos de la tarde; mi esposo estaba todavía sin almuerzo; lo amarraron, lo sacaron como a 20 metros de la iglesia y lo mataron. Ese día también mataron a una ancianita de 84 años y mataron a un joven de 17. Mataron a la profesora, que tenía como 24 años. Nos dejaron sin pastor y sin profesora. Yo quedé sin esposo y con 13 hijos.

Pronto los asesinatos aislados se convirtieron en masacres que los habitantes atribuyen a los grupos paramilitares. Documentos como el de la MOE

(Misión de Observación Electoral) confirman estos hechos, e incluyen masacres como la de la vereda La Resbalosa, en septiembre de 2000. En la Carpeta de Hechos N.º 408433 de la Unidad Nacional de Fiscalías para la Justicia y la Paz (Montería), quedó escrito para siempre el testimonio de Marcos Rodríguez, quien estuvo ahí cuando los paramilitares llegaron a acabar con el pueblo:

El día 20 de septiembre de 2000, en la vereda La Resbalosa, pasaron un grupo de paramilitares y asesinaron a 11 personas. Llegaron a la casa a eso de las dos de la tarde; yo acababa de venir del monte, incluso no me había ni quitado las botas cuando ellos, desde el camino, me llamaron y de ahí me trataron de guerrillero y ahí me empezaron a dar con un machete y a darme patadas. Me decían que me iban a matar porque yo era colaborador de la guerrilla y que iban a matar a todos los que vivían en la vereda. De los planazos que me dieron con el machete me hicieron varias heridas en la espalda. De ahí ellos entraron a la casa y la requisaron toda y se robaron algunas cosas como reloj, dinero y otras cosas pequeñas. Me dijeron que yo tenía que caminar con ellos porque yo era colaborador de la guerrilla y que me iban a matar. Me sacaron como a una hora de la casa. En un momento un tipo le dijo al que me tenía: “Échamelo para acá que yo le voy a mochar la nuca”; otro me dijo: “No le pare bolas, camine conmigo, sígame”... ya eran como las siete

de la noche y me llevó a donde estaba un grupo más grande de los *paracos* y ya se veían unas carpas armadas. El tipo que me llevaba le dijo a otro: “Vaya a buscarme a alias *Culebrina*”.

Cuando lo trajo, *Culebrina* me alumbró a la cara y me dijo: ‘Tú me conoces a mí’, yo le dije que yo lo conocía como Alirio, porque él en la vereda jugaba fútbol con nosotros. Me dijo: ‘Usted está vivo porque esa gente no lo mató por milagro de Dios... A usted no le va a pasar nada’. Me dijo: ‘Lo único que le aconsejo es que se quede en la casa de su hermana y mañana se va para su casa y dígame a toda la gente que se vayan porque la próxima vez vamos a matar hombres, mujeres y niños’. Esa noche yo me quedé allí y al día siguiente le informé a mi familia. Enterramos a los que habían asesinado, y a los 15 días salimos desplazados de la zona.

Episodios como el ocurrido en La Resbalosa abundan en toda la región. Antes y después de los desplazamientos forzados, los asesinatos selectivos en Tierralta entre los años 1982 y 2012 ascendieron a 137 (CNMH, s. f.). Las víctimas eran hombres y mujeres que fueron acusados de pertenecer a un bando u otro, o líderes de los procesos de restitución de tierras cuyos cuerpos fueron convertidos en heraldos de terror.

La comunidad de fe y las iglesias –evangélicas en su mayoría– se convirtieron en un refugio físico

y emocional. Los templos habían llegado primero que las guerrillas, que los paramilitares, que las llamadas bacrim. Llegaron cuando las únicas preocupaciones que tenía la población campesina eran la falta de lluvia y las plagas que acababan con sus siembras. En estos territorios, las iglesias (evangélicas y católicas) se fueron convirtiendo en un obstáculo para los grupos armados ilegales, sobre todo aquellas que predicaban la paz, se oponían al reclutamiento de jóvenes y abogaban por prácticas de resistencia pacífica.

El Padre Sergio Restrepo (sacerdote jesuita) trabajó diez años en la población y se ganó la confianza de campesinos e indígenas, quienes le contaban los abusos que cometían los grupos armados ilegales. Fue, además, un duro crítico del trato que el Ejército nacional les daba a sus feligreses, a cuyos agentes también se los responsabiliza por algunos asesinatos y torturas en la región. Restrepo hizo pintar un mural en el fondo del templo en el que incluyó imágenes que hacían una clara alusión a las torturas que el Ejército nacional le había infligido a Bernardo Betancur, antiguo párroco de la iglesia. El Padre Restrepo había usado el arte como herramienta de denuncia en otras ocasiones y a él se debe la construcción y fundación del Museo Arqueológico Zenú que hoy sigue en pie en Tierralta.

Sin embargo, la valentía de personas como los padres Betancur y Restrepo se paga caro en zonas como

Córdoba. Restrepo fue asesinado en 1989, frente a la iglesia de Tierralta, cuando tenía 49 años.

Atacar a las iglesias y a sus líderes tiene una intención simbólica clara. Violentarlas es violentar el corazón mismo de los habitantes, diezmar sus esperanzas, asesinar un pedazo de todos ellos. Los sacerdotes y pastores de comunidades pequeñas no son solo guías espirituales, sino que son además ciudadanos activos, líderes de transformación. No cabe duda por qué para los ejércitos al margen de la ley, para quienes el asesinato es una manera de solucionar problemas, acabar a balazos con estas personas es una clara estrategia de amedrentamiento.

Es así como el miedo y la guerra han desmembrado a las comunidades del alto Sinú que finalmente se vieron obligadas a desplazarse masivamente después de ser víctimas de asesinatos y masacres en 1993, 2000, 2002 y 2003.

Los homicidios y amenazas a líderes religiosos han sido una constante en el conflicto de Colombia. Aquel 20 de septiembre en el que grupos paramilitares aterrorizaron con sus armas a la vereda La Resbalosa, los líderes religiosos fueron objetivo militar.

María, participante de los talleres de memoria en Tierralta, cuenta cómo sus hermanos fueron

asesinados por los paramilitares y cómo ella misma fue víctima de hostigamientos:

Dos hermanos míos fueron asesinados el 20 de septiembre del año 2000. Ellos se llamaban Felipe, de 21 años y Alfonso, de 17 años. Felipe era líder de la iglesia Los Olivos (de la Asociación de Iglesias Evangélicas del Caribe), era el tesorero; además era fiscal de la Zona 10 de UJECA (Unión Juvenil Evangélica del Caribe). Fueron asesinados a machete por un grupo paramilitar.

Se trataba del Bloque Héroes de Tolová de las ACCU; los presuntos responsables son alias *Patarrecha* y alias *Barba de Chivo*. Con la masacre de La Resbalosa los paramilitares habían dejado claro su mensaje definitivo: la población debía irse, abandonar sus tierras y no volver nunca más.

El alto Sinú sumaba ya varias décadas en medio de la guerra. Sus casas fueron convertidas en trincheras, sus tierras fueron sembradas con coca a manos de las FARC y de las AUC. El control de este territorio se convirtió en una razón de guerra entre los dos bandos. Las comunidades se encontraron en una tormenta de balas que no discriminaba con qué vidas acabar. Marcos Recuerda:

Como nosotros salíamos los sábados a comprar, la guerrilla no quería que lo hiciéramos porque decían que nosotros éramos sapos de los paramilitares.

Pero si uno duraba mucho en el monte, sin poder venir a comprar, cuando bajaba al pueblo le decían: "Ah, tú eres sapo de la guerrilla".

Era el momento de irse, de desplazarse. De ser parte de los hombres y mujeres que la violencia ha convertido en expatriados dentro de su propio país.

El asesinato continuo de líderes religiosos dejaba claro que las iglesias eran un objetivo militar y que debían partir con ellos. Luego de aquel 20 de septiembre de 2000, después de que los paramilitares asesinaran a más de una decena de personas en La Resbalosa, la iglesia Los Olivos cerró sus puertas. Fue entonces cuando el pastor, en compañía de otras personas, tomó la decisión de organizar otro desplazamiento más en la historia de Córdoba: dejar la tierra en la que habían nacido, abandonar sus casas y sus fincas y salir con rumbo a Tierralta. Así lo relata Marcos Rodríguez:

Finalmente decidimos salir. Luego de organizar todo, salimos desplazados. Salimos casi 50 familias unificadas. El papel de la iglesia en este proceso fue clave; consistió principalmente en tratar que la gente no se dispersara. Los cuerpos de varios que habían sido asesinados fueron velados en la iglesia antes de que partiéramos. El pastor mantuvo diálogo con la iglesia madre Cristo El Rey, en Tierralta, y con ellos se coordinó la salida.



Templo de la Iglesia Cristo El Rey, AIEC, en Tierralta (Córdoba). Lugar donde se recibió a las familias desplazadas por el conflicto armado. Fotografía: Santiago Espitia Fajardo para el CNMH.

Desde las montañas que coronan el territorio de Córdoba se puede ver una línea blanca que en días soleados parece una irrupción extraña en el paisaje verde. Se trata de la carretera pavimentada que empieza en la Represa Urrá y llega a Tierralta.

A finales de septiembre de 2000, por esa carretera, estas 50 familias emprendieron el camino de uno de los mayores desplazamientos que ha vivido la región. Pero aun en la huida la guerra les siguió los pasos. Así lo relata Marcos Rodríguez:

Cuando íbamos por el camino se nos atravesó la guerrilla. Ellos no querían dejar que nos fuéramos. Nos decían que no saliéramos, que no les tuviéramos miedo a los paramilitares. De todas las familias aproximadamente el 80 por ciento éramos cristianos, les dijimos que ellos no podían obligarnos a quedarnos; finalmente ellos tuvieron que hacerse a un lado.

Recorrieron montañas y atravesaron ríos en canoas y jeeps que había conseguido la Iglesia Cristo El Rey. Y entonces, por fin, llegaron a Tierralta. El templo Cristo El Rey fue su primer refugio en el nuevo hogar. Allí durmieron los primeros ocho días. Fue allí donde comenzó la nueva vida que hoy tienen las personas que dejaron sus tierras del alto Sinú. La organización cristiana Corsoc (Corporación para el Desarrollo Social Comunitario) fue clave para empezar el duro proceso de reubicación y construcción de estas comunidades. No solo fueron los encargados de conseguir recursos para comprar el territorio en el que las familias se asentaron, sino que además consiguieron dinero para comprar la madera con la que la comunidad construyó sus propias casas. Este lugar fue bautizado como Villa Luz. Otras entidades fueron clave en este proceso: el Programa Refugiados, de los Jesuitas, Visión Ágape, la Cruz Roja Internacional, Médicos Sin Fronteras, Acción Contra el Hambre, entre otros.

Hoy son tres las veredas que las personas desplazadas del alto Sinú construyeron con sus propias manos y

la ayuda de estas entidades religiosas y laicas: Villa Luz, Villa Madeira y Nueva Esperanza. Marcos Rodríguez y su hermano hicieron parte activa de la reconstrucción. Su hermano, líder cristiano de la comunidad, no solo animaba a las personas, sino que además se comprometía con el trabajo físico. Él era motosierrista y de manera constante viajaba a la represa Urrá a cortar madera.

“Ahora como comunidad tenemos un colegio”, asegura Marcos mientras recorre una de las tres iglesias que él y el resto de los pobladores construyeron desde cero; “así como ustedes ven, esta es una planta de baño construida ya en concreto y tenemos también un restaurante escolar de la comunidad. Estas son las aulas escolares construidas, también en concreto”.

Parece un detalle sin importancia, pero utilizar materiales de construcción diferentes de la madera indica la manera como las comunidades del alto Sinú asumieron y superaron el desplazamiento forzado, y luego de más de una década de haber dejado sus tierras, no han retornado a ellas. Las escuelas y las iglesias hechas con materiales perdurables como el cemento son también una declaración de intereses: Villa Luz, Villa Madeira y Nueva Esperanza no son lugares de paso. Ellos no son nómadas. Han construido una nueva vida y en los materiales que escogieron para hacerlo también están edificando el arraigo a la nueva tierra. Así lo corrobora Marcos Rodríguez:

En estos momentos aquí funciona un CDI (Centro de Desarrollo Infantil); y acá es el lugar donde nos congregamos como Iglesia cristiana para rendir adoración a Dios los días domingo y durante la semana. Hemos ido superando ese estado de pobreza en el que llegamos, y tenemos muchas ganas de salir adelante. Pero en esto también necesitamos la ayuda del Estado, porque en todo esto que ustedes ven construido el Estado no ha puesto prácticamente un grano de arena. Ha sido ayuda de las organizaciones de iglesias cristianas, la Cruz Roja Internacional, y también de Corsoc-Asvidas y de Visión Ágape, que también aportó acá.

Hoy son tres los templos que la comunidad ha erigido en su nueva tierra. Estas iglesias no solo se han convertido en epicentros físicos de la comunidad, sino que han sido motores para sanar las heridas de la guerra. En muchas tradiciones evangélicas (y dentro de la comunidad de fe de Tierralta esto no es la excepción) el perdón se relaciona con la sanidad. Así, las comunidades enfatizan que es necesario recordar para perdonar y sanar: "Al principio yo tenía mucho resentimiento. Yo no hubiera podido perdonar a la gente que me causó daño".



Taller participativo de Memoria Histórica realizado en Tierralta. Fotografía: Santiago Espitia Fajardo para el CNMH.

Cuando Marcos Rodríguez habla de perdón no se refiere al ya difícil proceso de estar en paz con el recuerdo de los daños que los actores armados le hicieron en el pasado. La realidad es que personas como él tienen también que lidiar con el posible encuentro con aquellos que los torturaron:

Incluso aquí en Tierralta veía gente que sabía que había participado en todo el daño de lo que me pasó. Veía gente y me daba como sentido de venganza por todo lo que habían hecho. Pero bueno, en el camino, a medida que fue pasando el tiempo yo empecé a sentir que Dios me amaba y que yo debía perdonar. Y gracias a Dios hoy hay personas que yo conozco de las que me hicieron

daño y los veo y ya los puedo saludar. Incluso, ha habido momentos que me ha tocado hablarles de la Palabra de Dios. Ya siento en lo más profundo de mi corazón que yo los he perdonado.

Para las comunidades reubicadas en Tierralta la violencia no es un capítulo cerrado y el perdón es un concepto lleno de espinas que cruza sus cabezas a diario. Una de las iglesias que levantaron en su nuevo hogar es justamente la Iglesia Evangélica Peniel. La iglesia que el 5 de mayo de 2002, dos años después de que la comunidad se viera forzada a dejar el alto Sinú, fue el escenario en el que el hermano de Marcos, líder de la iglesia, fue asesinado de nueve balazos. Tal vez esta es una de las características menos comprendidas dentro de la historia que se nos cuenta sobre el desplazamiento forzado. Porque la violencia que han sufrido estas comunidades durante décadas no es un árbol enraizado en algunos territorios, que deja de existir cuando estos se ven forzados a dejar sus tierras. Es, más bien, un incendio en constante crecimiento. Un fuego constante que despide un humo que asfixia todo lo que tiene alrededor.

Cuando un pueblo entero abandona el lugar en el que nació, en realidad deja atrás un escenario del horror. Pero la barbarie es algo con lo que tendrán que vivir el resto de sus vidas, de manera física y emocional.

Las comunidades del alto Sinú hoy siguen siendo víctimas. El hermano de Marcos, aun en el destierro,

seguía siendo una piedra en el zapato del proyecto guerrerista de los ejércitos ilegales. Él, que como todos sus vecinos había decidido construir con sus propias manos la versión más cercana de una vida en paz. Él, que alternaba sus actividades como líder de la iglesia y motosierrista y albañil. Que dos años después de haber partido de su casa fue acusado por los paramilitares de ser un “sapo” de la guerrilla, de llevarles comida y provisiones, cuando en realidad lo que hacía era intentar ganarles la batalla a la pobreza y al desplazamiento.

El 5 de mayo de 2002 se detuvo a la puerta de la Iglesia Peniel una moto en la que viajaban dos hombres. Uno de ellos se acercó a la puerta del templo mientras el segundo esperaba con el motor del vehículo aún en marcha. Desde el umbral llamó al hermano de Marcos por su nombre.

Y entonces, los nueve tiros. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. El espanto. Los cuerpos tratando de abrirse camino por la puerta trasera: “Para mí fue muy doloroso ese día”, dice Marcos: “Yo estaba sentado a su lado, en la misma silla. Ahí estaba también su hija. Ella empezó a llorar y decía: ‘Vámonos para la casa, vámonos para la casa’”. Después de este fatídico hecho, la sobrina de Marcos y muchos en la comunidad no quisieron volver al templo. Hacerlo era un recordatorio macabro de que su sufrimiento no había terminado:

Yo cogí mucho miedo. Cada vez que escuchaba una moto yo creía que me venían a matar. Prefería estar solo en la pieza y no hablar con nadie, para llorar un poco y desahogarme de todo lo que había pasado.

Así funciona el terrorismo: planta el miedo en las personas y diezma su poder de acción y su resistencia como comunidad.

Los siguientes en la lista eran Marcos, sus hermanos y el resto de su familia. Cuando supo de las amenazas, uno de sus hermanos tuvo que salir de Tierralta. Dos meses después, a través de la iglesia, con la ayuda de la Cruz Roja y de Ricardo Esquivia, director de la Fundación Sembrandopaz, se logró concretar un encuentro con los líderes paramilitares de la región para explicarles que ni Marcos, ni ninguno de sus familiares eran colaboradores de la guerrilla sino desplazados. Alias *El Paisa*, líder paramilitar, anuló entonces la orden de persecución y asesinato contra Marcos y sus familiares.

Comunidades como las hoy reubicadas en Tierralta son víctimas de ciclos de violencia que se perpetúan: sufren hostigamiento de las guerrillas, los paramilitares, las llamadas bacrim, e incluso del Ejército nacional. Mientras tanto, las iglesias han servido como agentes directos de paz y de resistencia.



Tejido que representa el 'antes' y 'durante' de la llegada de los grupos armados a la región, elaborado por participantes de los talleres de memoria histórica, en Tierralta. Fotografía: Roberto Caicedo Narváz para el CNMH.

Y es que a veces la vida nos obliga a precipitarnos sobre puertas que no son suficientemente grandes. Por umbrales que, si bien nos permiten huir, nos obligan también a dejar lo que queremos atrás: nuestras casas, nuestros vivos, nuestros muertos.

Las comunidades de Córdoba, con la guía espiritual de sus líderes religiosos, habían tomado la valiente decisión de resistir de forma pacífica; acaso una de las maneras más nobles de rechazar la violencia, de desmarcarse de tajo del horror. Ser víctimas para no ser victimarios. El desplazamiento de estas personas hoy parece definitivo. Es el sacrificio último de un grupo de seres humanos que decidió buscar la paz en medio de las sombras de la guerra.

REFERENCIAS

Aguilar, Paloma (2008), *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza Editorial.

CNMH (s. f.), *Base de datos, ¡Basta ya!* Archivo en Excel inédito. Bogotá, CNMH.

Carpeta de Hechos N.º 408433 de la Unidad Nacional de Fiscalías para la Justicia y la Paz (Montería). *Centrodememoriahistorica.com*. (2018, 15 de julio). "Proceso de memoria vivo de la Alta Montaña de El Carmen de Bolívar". Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/informes/informes-2018/proceso-de-memoria-vivo-de-la-alta-montana-de-el-carmen-de-bolivar>.

Cifuentes, María T. y Figueroa, Helwar (2004), "Corrientes del catolicismo frente a la guerra y la paz en el siglo XX", en Bidegaín, Ana. *Historia del cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad*, Bogotá, Taurus.

Corte Suprema de Justicia, Sentencia 32805 de 23 de febrero de 2010. ElHeraldo.co (2018, 13 de julio), "El verdugo de Macayepo fue uno de sus propios hijos". Disponible en <https://www.elheraldo.co/local/el-verdugo-de-macayepo-fue-uno-de-sus-propios-hijos>.

Gaborit, Mauricio (2006), Memoria histórica: relato desde las víctimas, en *Pensamiento Psicológico*, vol. 2, N.º 6, páginas 7-20.

Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación-Grupo de Memoria Histórica (2009), *La masacre de El Salado. Esa guerra no era nuestra*, Bogotá, CNRR-GMH.

(2013), *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá, CNRR-GMH.

Houtart, François (2006), *Sociología de la religión*. Bogotá, Buena Semilla.

MOE (s. f.), *Monografía Político Electoral. Departamento de Bolívar. 1997 a 2007*. Disponible en: https://moe.org.co/home/doc/moe_mre/CD/PDF/bolivar.pdf

MOE (s. f.), *Monografía Político Electoral. Departamento de Córdoba. 1997 a 2007*. Disponible en: https://moe.org.co/home/doc/moe_mre/CD/PDF/cordoba.pdf

El Espectador (2014, primero de junio), *La historia del sacerdote asesinado por las AUC*. Disponible en: <https://>

www.elespectador.com/noticias/nacional/historia-del-sacerdote-asesinado-auc-articulo-495636

Iglesia Adventista del Séptimo Día (2018), *Historia de la Iglesia Adventista. Breve historia en América del Sur*. Disponible en: <https://www.adventistas.org/es/institucional/los-adventistas/historia-de-la-iglesia-adventista/historia-de-america-del-sur/>

López, Mario (2006), *Política sin violencia: la noviolencia como humanización de la política*, Bogotá, Uniminuto.

Metz, Johann B. (2007), *Memoria Passionis*, Santander, Sal Terrae.

(2002), *Dios y tiempo. Nueva teología política*. Madrid, Trotta.

Moreno, Pablo (2010), *Por momentos hacia atrás... Por momentos hacia adelante. Una historia del protestantismo en Colombia 1825-1945*, Cali, Universidad de San Buenaventura.

(2004), "Protestantismo Histórico en Colombia", en Bidegáin Ana. *Historia del cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad*, Bogotá, Taurus.

Ordoñez, Francisco (2011), *Historia del cristianismo evangélico en Colombia*, Bogotá, CLC. (La primera edición es de 1956).

Romero, Mauricio (2002), *Política y Sociedad*, vol 39, N. 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, páginas 273-292.

Semana.com (2018, 14 de julio), "Las pruebas hablan por sí solas". Disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/las-pruebas-hablan-si-solas/81948-3>.

Semana (2018, 14 de julio), "Coincidencias macabras". Disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/coincidencias-macabras/50941-3>.

Las presentes crónicas abordan las memorias e historias de vida de comunidades que desde su fe y espiritualidad han resistido y, en buena medida, superado los impactos y daños causados por el conflicto armado en Colombia. No se pretende representar la totalidad de las voces de fe y espiritualidad del país sino que, a partir de los casos seleccionados, se busca ilustrar con ejemplos cómo estas comunidades han sufrido a causa del conflicto, pero también, cómo han logrado transformarlo desde la no violencia.

Este es un aporte a la pluralidad de voces en la construcción de la memoria histórica, con el que se evita una mirada hegemónica y, además, se contribuye a fortalecer los procesos de duelo y restauración de las víctimas, y a la reconciliación y construcción de paz en nuestro país.

ISBN: 978-958-5500-35-8

